VII

ALSINE PARA LOS PAJARITOS

En los tiempos en que yo era colegial, cada año, el 28 de febrero, día consagrado a la fiesta de Carlo Magno, los alumnos que habían obtenido el número uno en alguna asignatura se reunían en un banquete. Alumno de tercero, desconfiaba yo de poder sentarme jamás en ese banquete de los príncipes. Estaba muy lejos de conquistar el número uno de mi clase y me creía feliz al mantenerme en el centro oscuro. Yo no era perezoso, por el contrario, trabajaba como los más aplicados; pero cuanto más trabajaba más alejado me veía de los primeros puestos, porque me consagraba a estudios completamente ajenos a la enseñanza clásica, y con atención tan profunda que absorbió todas mis facultades. Mi curiosidad ansiosa descubría uno tras otro asuntos de interés a los que me entregaba en cuerpo y alma. Por esta razón aquel año, durante las tres primeras semanas del curso, viví cautivo de la reina Nitocris. Sólo pensaba en ella; en todas partes la veía; era mi obsesión. Los programas, los temas, las versiones, las narraciones, las fábulas de Esopo,

las vidas de Cornelio Nepote, las guerras púnicas, no significaron nada para mí; todo lo que no se refería a la reina Nitocris me era indiferente. Nunca hubo un amor tan exclusivo. Cuando ya declinaba este sentimiento (porque nada es durable) una vez que me dió mi madre un poco de muérdago y me dijo que era la planta sagrada de los druídas, imaginé durante varias semanas bosques profundos, sacerdotisas vestidas de blanco, hoces de oro y canastillos de muérdago. Después me poseyeron las abejas de Aristea y las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Como estas preocupaciones imaginarias absorbían mi atención, mi constante indiferencia por cuanto me rodeaba dióme un aspecto poco inteligente, y se concibe así que no inspirase mucha estimación al señor Beaussier, mi profesor, hombre cabal, de carácter circunspecto, y hasta un poco taciturno, de una cultura sólida pero algo limitada, según puedo ahora inferir atenido a mis recuerdos. Empleaba conmigo una severidad extraordinaria nunca disminuída por ningún movimiento piadoso, porque en su conciencia me creía maligno y perverso. Pero no obstante mi humor contemplativo, yo tenía entonces una inclinación que luego perdí: amaba la Gloria. Sí; a pesar de las deformidades de mi inteligencia que me valían el desprecio del señor Beaussier y me apartaban para siempre de los honores escolares, yo hubiera querido brillar en el primer banco de la clase y recoger laureles como un héroe antiguo. Sí; yo amaba la Gloria; la educación universitaria que a pesar de todo había penetrado en mí, me obligaba a confundir en una sola admiración los vencedores de Salamina y los héroes de Palmarés. Yo amaba la Gloria. La disciplina napoleónica, a la cual me hallaba sujeto, me hacía suspirar por la corona de papel verde, y seguramente más adelante me hubiera inspirado el deseo de las cruces, de los cordones y de las casacas bordadas, a no ser porque torcí el camino. Yo amaba la Gloria y envidiaba a los colegiales ilustres.

Entonces eran tres, graves, serios, imponentes, acaso un poco pesados pero sólidos, firmes, que recogían todos los laureles y ocupaban los primeros puestos: Radel, Laperliere y Maurisset. Los tres eran internos, y como el internado imprimía a sus costumbres algo de carácter militar, despreciaban a los civiles, a los externos como yo que apenas éramos de la casa. Tenían el espíritu de cuerpo que yo no tuve nunca, y que por mi desgracia nunca he podido adquirir. Dominaban en los recreos lo mismo que en las clases, y mostraban en las partidas de marro y de barra igual maestría que les reconocíamos en tema griego y en discurso latino. Tanta grandeza me inspiró más asombro que atractivo, y sentí por aquellos muchachos más admiración que simpatía.

Cada semana, el sábado por la tarde, al distribuir los puestos de composición, tema, versión, discurso latino o narración, el señor Beaussier declaraba

que al examinar atentamente los ejercicios de aquellos tres incomparables alumnos, hubiera querido no advertir la superioridad de uno sobre los otros dos. Según él, Radel, Laperliere y Maurisset se igualaban; casi no estaba seguro de que Radel era más exacto, Laperliere más elegante y Maurisset mas conciso. La concisión, a juicio del señor Beaussier, acaso era lo que más distinguía a Maurisset. Ajeno a todo lo que se hacía y se decía en la clase, indiferente a los preceptos más útiles, ignorante de las reglas más necesarias, yo producía temas y versiones faltos de aquella exactitud, de aquella elegancia y de aquella concisión. Cuanto salía de mi pluma abundaba en solecismos y en barbarismos, interpretaciones erróneas y contrasentidos. Al repasar mi cuaderno, el rostro del señor Beaussier expresaba de pronto una dignidad entristecida y una reconcentrada reprobación. Un pliegue doloroso contraía los delgados y sinuosos labios del maestro, quien me reprochaba amargamente las incorrecciones abundantes en mis ejercicios, y el mal gusto que acababa de hacerlos desagradables a sus ojos. Este mal gusto desolaba al señor Beaussier, y este defecto me abrumaba tanto más porque yo no entreveía la posibilidad de remediarlo y de mejorar mi gusto. Aún hoy, después de tantos años, no comprendo los motivos en que se apoyaba el señor Beaussier para juzgar tan deplorable mi gusto; pero su antipatía por ese gusto era patente, y se revelaba hasta en la manera de pasar las hojas de mi cuaderno con una ironía siniestra. Sus desdenes me hicieron sufrir; sentíme alejado para siempre de la Gloria y me resigné, con la esperanza de refugiarme aún entre la oscura medianía.

Me consolaba, en cierto modo, reflexionar que nunca descendí a los tres últimos puestos. No era posible, porque estaban adjudicados perpetuamente a Morlot, Laboriette y Chazal. Fuese cual fuese la prueba o el asunto de la composición, ciencias o letras, lenguas vivas o clásicas: Morlot, Laboriette y Chazal eran siempre los últimos. El fenómeno se reproducía cada semana con la constancia de las leyes que regulan el movimiento de los astros y la sucesión de las estaciones. Sólo variaba el penúltimo, que unas veces era Laboriette y otras Morlot; el último era infaliblemente Chazal, quien se mantenía en su puesto con inquebrantable firmeza. Al señor Beaussier no le inspiraba ninguna objeción aquel hecho de una exactitud tan satisfactoria como necesaria; se inclinaba ante la necesidad, señora de los hombres y de los dioses, y acababa la lectura de las clasificaciones con los nombres de Morlot, Laboriette y Chazal sin hacer comentarios inútiles. De este modo, por grande que fuera mi derrota, Morlot, Laboriette y Chazal aseguraban siempre mi retaguardia. No era superfluo este convencimiento, que se me hizo de día en día más necesario. Yo perdía puestos con facilidad; una secreta y maligna influencia me lanzaba hacia los bancos inferiores. Me hubiera sido imposible desconocerla, porque el

señor Beaussier lo advertía con el rudo goce de un alma inflexible que aplaude los rigores de la justicia; porque mi madre, humillada en su orgullo máximo, se lamentaba durante la comida, que sus reproches me amargaron muchas veces; porque mi padre se mantenía en un silencio reprobador; porque hasta Justina, sin ningún respeto ya para su señorito, me presentaba el ejemplo de Sinforoso que, a pesar de su pequeñez llevaba a su casa todos los premios de la escuela. Abrumado por aquel rebajamiento incesante busqué inútilmente sus motivos, sin detenerme a pensar que nunca puse atención en lo que se decía y se hacía en la clase. Diariamente me acercaba más y más a la cola. Un sábado de diciembre, con motivo del tema griego (¡musas inmortales, castas hermanas, borrad de mi memoria este recuerdo humillante!) me encontré clasificado junto a Morlot, Laboriette y Chazal, entre Morlot, sobre el cual me ponía la fatalidad inapelable, y Alsine, a quien yo no podía resistir, y que se hallaba delante de mí por una fatalidad inconcebible. Yo despreciaba profundamente a Alsine; Jacobo Alsine, el pequeño Alsine, a quien llamábamos «Alsine para los pajaritos», muy satisfechos del chiste. Le creí tonto ¡y este relato probará la certeza de mis juicios! Le consideraba menos inteligente que a Morlot, Laboriette y Chazal. Chazal era rústico, y algunas veces agradaba por la ingenuidad alegre de sus réplicas; Laboriette, vizco, huraño, vocinglero, parecía un loco; Morlot, durmiente incorregible,

tenía largas pestañas sedosas y el encanto misterioso de un príncipe de cuento árabe. Cada uno de ellos interesaba por algo; pero Alsine carecía en absoluto de interés, y creo que todos mis camaradas le juzgaban como yo. Menudo, flaco, enfermizo, sus dolencias le obligaron a faltar muchas veces a las clases y abrieron profundas lagunas de ignorancia en sus conocimientos clásicos. Su inteligencia era tarda, su memoria rebelde, y su ingenuidad mostraba sin recelo todas las flaquezas de su espíritu. En una palabra: le juzgábamos feo porque era débil, estúpido porque era tímido, despreciable porque era inofensivo; y sin embargo había en él una expresión indescifrable, un algo secreto y profundo que debió hacernos reflexionar y suspender nuestro juicio; pero nos arrastró el impulso de nuestra necedad y adoptamos por costumbre reírnos de Alsine y atormentarle. También yo me burlaba de Alsine, porque entonces respetaba con ceguera la costumbre. Si no hubiera remediado este defecto, ahora sería peor de lo que soy, pero sacara mucho más provecho en la vida. Despreciaba a Alsine, hacía todo lo posible por humillarle y molestarle, más culpable y más necio en esto que los otros, porque verdaderamente no existió nunca entre Alsine y yo la antipatía natural que le separaba de los demás condiscípulos y de los maestros. De buena fe supuse al enfermizo Alsine inferior a mí, absolutamente inferior, de una inferioridad degradante; le reservaba el más profundo desdén y le

abrumaba con todas las ironías que mi natural dulzura y mi perpetuo aturdimiento dejaron a mi disposición.

El señor Beaussier, ahora lo proclamo y sus actos lo pregonan, el señor Beaussier era un hombre justo. Su Themis podía estar falta de luz y de gracia, pero los platillos de su balanza no cedían al favor. El caso que voy a referir es una prueba de que el señor Beaussier juzgaba sin odio y sin afecto, y de que algunas veces sus veredictos llegaron a serle dolorosos. Véase lo sucedido: Un sábado, un incomprensible sábado, el señor Beaussier anunció que yo era el primero en versión latina. Lo anunció en tono grave, con tristeza, con profundo abatimiento, como si diese a entender que aquello era fastidioso, lamentable, inmoral. Y sin embargo, a pesar de todo lo anunció, lo proclamó, y me concedió el número uno, notoriamente afligido al ver que yo lo merecía. Según parece la versión era difícil; los más hábiles se habían descaminado en varios puntos, tal vez por obstinarse en rebuscar. Mi ligereza me favoreció; como de costumbre no me había preocupado por nada, y vencí la dificultad sin advertirla. Esta era la explicación que se atrevió a formular el señor Beaussier acerca de aquel hecho inexplicable. Sea como fuere, me puso el primero y vencí a Radel, a Laperliere y a Maurisset.

Me puso el primero. Yo amaba la Gloria, pero no había nacido para disfrutarla. Su primer rayo, que me llegaba de una manera tan imprevista, me

enloqueció, me hizo vanidoso. Por una aberración monstruosa de mi entendimiento, creí natural ser el primero de mi clase, cuando en realidad lo era contra todas las conveniencias y todas las previsiones. De pronto me inundó de alegría, y alentó mi orgullo una idea: yo tomaría parte en el banquete de la fiesta de Carlo Magno, y me sentaría entre los mejores y los más fuertes desde aquel tercer año a que pertenecía, hasta la Retórica y las Matemáticas especiales. ¡Qué triunfo! ¡Qué embriaguez! El banquete de la fiesta de Carlo Magno no sólo era ilustre, también era delicioso; un colegial más antiguo me lo había contado: servían cremas, sorbetes, y vino de Champagne en copas de cristal.

Adopté un aspecto de superioridad muy ridículo, que me dejaba moralmente por debajo de Morlot, Laboriette y Chazal; y cuando Alsine, el infeliz Alsine, dejó de trazar rosetas en su cuaderno, se volvió hacia mí, y con sus labios pálidos que descubrían unos dientes amarillos me sonrió con expresión a la vez amable y satírica: yo fingí no advertir el propósito de tan insignificante persona, y murmuré al oído de Noufflard:

—¡Qué imbécil es Alsine!

Cuando sonó la campana, imité al salir el paso lento y la cadencia bobina de mis rivales un instante vencidos pero siempre altaneros y amenazadores: Radel, Laperliere y Maurisset.

¡Ay! no debía repetirse mi victoria. A la semana siguiente el señor Beaussier con visible satisfacción